

LA EDUCACIÓN CRISTIANA: EL PAPEL DE LA FAMILIA (1)

Hablé ya de la tarea de los catequistas. Y salió el asunto de los padres, de la familia, y su papel en la transmisión de la fe a los hijos. Vamos con este tema. Podríamos plantear así esta cuestión ¿qué está ocurriendo en una Iglesia con una tradición milenaria y tan ampliamente implantada como la española, cuando vemos que tantas familias cristianas no son capaces de educar cristianamente a sus hijos?

Cuando hablamos de la dificultad actual en la transmisión pacífica de la fe, queremos decir que se han alterado los medios habituales de colaborar al surgimiento de la fe en las nuevas generaciones. Medios habituales que, hasta ahora, han sido básicamente la familia cristiana y la cultura cristianizada. En una sociedad suficientemente cristianizada, como era la sociedad española hasta hace poco más de treinta años, la Iglesia ejercía su misión de ayudar a creer en el Dios de Jesucristo, fundamentalmente, por medio de las familias cristianas y de la influencia mentalizadora del ambiente cultural y social en el que vivimos. Las dos cosas han cambiado profundamente entre nosotros. Pero ahora nos centramos en la familia.

Tenemos que reconocer que la familia, el medio de transmisión de la fe, más normal y más efectivo durante siglos se ha desmoronado en pocos años. Esta es una de las novedades más graves y más preocupantes de la situación de la Iglesia en la España actual. Donde este fenómeno comenzó antes, las familias actuales ya son mayoritariamente paganas, ya no se puede hablar de familias cristianas incapaces de educar cristianamente a sus hijos, sencillamente porque ya no son familias verdaderamente cristianas. En muchos países de larga tradición cristiana son minoría las familias que forman parte activa de la Iglesia. Esta puede ser la situación en España dentro de muy pocos años.

Es, en efecto, una situación relativamente nueva, que está trastornando gravemente nuestra vida eclesial y que reclama reflexión y unas medidas pastorales lúcidas y valientes. Los datos de las estadísticas nos obligan a plantearnos como problema pastoral número uno éste de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. Hoy la mayoría de los padres cristianos quieren bautizar a sus hijos y de hecho los bautizan. Pero ya son bastantes menos los que saben que el gesto de bautizar a sus hijos supone el compromiso de ayudarles a descubrir y vivir personalmente la fe recibida, educándolos cristianamente, en toda la amplitud y riqueza del término. Y ¿cuántos de esos niños recibirán la comunión y la confirmación y se incorporarán a la vida de la Iglesia? ¿y cuántos pasarán de la adolescencia a la juventud continuando su educación cristiana en la familia, la Iglesia doméstica? ¿qué habrá pasado en el camino? ¿por qué no se ha transmitido la fe de padres a hijos?

La fe es, ciertamente, un don de Dios, el don de Dios por excelencia. Es El quien se

revela y se nos hace asequible, quien nos invita a creer en El y mueve nuestras facultades interiores para que le aceptemos como apoyo y centro de nuestra vida. Pero a la vez, con esa inicial ayuda de Dios, la fe es respuesta del hombre, decisión personalísima por la cual cada uno define su propia vida. Podemos decir que la fe es el don de responder amorosamente a la revelación y al ofrecimiento de Dios.

A la vez que don, la fe es un acto personal y configurante. La fe implica una decisión personal absolutamente intransferible. Supone un cambio interior, y una movilización de las facultades del alma, un asentimiento libre en el que cada sujeto define profundamente los caracteres de su propia vida. Así aparece claramente en el n.5 de la Dei Verbum: "Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el 'homenaje total de su entendimiento y voluntad' asintiendo libremente a lo que Dios revela". Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad".

Por lo cual, es preciso reconocer que no se puede hablar de una "transmisión de la fe" en sentido estricto, como se habla de transmisión de una enfermedad, de unas cualidades hereditarias, o de unos conocimientos. La fe es algo mucho más personal, mucho más libre. Cuando una persona elige el objeto de su fe personal, define y configura las características profundas y estables de su propia existencia. La fe nace en cada persona, de lo más profundo del ser personal, como una decisión profundamente libre, preparada por la acción creadora de Dios, por la acción del Espíritu Santo que nos ilumina, nos atrae y nos seduce para que creamos filialmente en Dios.

Muchos tenemos la impresión de que, en la teoría y en la práctica de nuestras actividades pastorales, no hemos valorado suficientemente la intervención de la familia en el servicio a la fe de las nuevas generaciones. Durante siglos la fe ha ido pasando pacíficamente de padres a hijos sin que cayéramos en la cuenta de la importancia que tenía esta transmisión en la vida de la Iglesia. Ahora, que ese proceso se ha alterado, comenzamos a echarlo de menos y valorarlo en lo que le corresponde.

Preguntémonos, apelando a nuestra propia experiencia: ¿quién nos ha enseñado a rezar? ¿cuándo y dónde y cómo hemos aprendido a creer en Dios, a amar a Jesucristo, a invocar a la Virgen María? ¿quién nos ha enseñado a distinguir el bien del mal? ¿dónde hemos ido aprendiendo a vivir como cristianos? Una sencilla observación sobre nuestra propia vida, por lo menos para los que tenemos ya una cierta edad, nos hace caer en la cuenta de que la mayoría de nosotros hemos nacido a la fe y a la vida cristiana gracias a la influencia de nuestra familia. Ellos nos llevaron al bautismo y ellos se encargaron de que creciera en nosotros personalmente la fe recibida. Nuestros padres y abuelos, incluso nuestros hermanos, fueron quienes realmente nos iniciaron en el conocimiento y en el ejercicio de la vida cristiana.

En la mayoría de las familias cristianas, con la primera educación y las primeras ayudas para despertar en nosotros la vida consciente, se nos ofrecían las realidades de

la fe, invitándonos a aceptarlas y tenerlas en cuenta con plena naturalidad. De este modo hemos recibido el anuncio y la presentación de las realidades divinas desde el inicio de nuestra vida consciente, junto con las demás aperturas hacia la realidad. Nunca recibimos una visión del mundo como algo cerrado, a la cual tuviéramos que añadirle más tarde la presencia de un Dios sobrevenido y casi postizo, sino que recibimos desde el primer momento una visión del mundo ya iluminada y transformada por la fe, en la que Dios estaba presente y actuante desde el principio, el mundo era criatura de Dios, todos éramos criaturas de Dios, Jesús estaba presente en nuestra vida, los hombres éramos hermanos, la Iglesia ocupaba un lugar importante en la vida, existía un código de comportamiento universalmente vigente y aceptado que era de hecho el que provenía de la fe en Dios y en Jesucristo.

En algunos momentos de nuestra historia, no excesivamente lejanos, hemos criticado duramente el cristianismo sociológico. Es posible que en aquellos momentos no tuviéramos suficientemente en cuenta el valor de aquella transmisión pacífica y generalizada de la fe de generación en generación. La honestidad con nosotros mismos nos tiene que llevar a reconocer que este fenómeno producía cosas muy importantes que entonces no valorábamos suficientemente y ahora echamos en falta:

- por un lado la universalidad de la evangelización: todos los niños recibían el bautismo y la mayoría de ellos recibían una suficiente educación cristiana, con una extensión que las instituciones públicas de la Iglesia, sin la colaboración de las familias, no pueden conseguir.
- esta fe recibida en los primeros años de la vida alcanzaba una hondura y una connaturalidad en las personas así evangelizadas que sin esta influencia de la familia en los primeros años de la infancia es muy difícil de conseguir.
- la transmisión familiar de la fe era el núcleo de la educación, la más profunda justificación y motivación de las más profundas actitudes vitales y de las normas más fundamentales del propio comportamiento. De esta manera los padres no se conformaban con dar la vida sino que lograban también dar a sus hijos el sentido de la vida

Pues bien, es posible que una fe personal así nacida y crecida, en tan estrecha familiaridad con el "universo cristiano", tenga sus limitaciones, comienza siendo una fe infantil, poco fundamentada intelectualmente, no expresamente afirmada en un acto reflejo de libertad. Una fe que necesitará ser reafirmada posteriormente, en la adolescencia, en la juventud, en la madurez y quizás de nuevo en la vejez. La fe es un acto y un estado de la persona que hay que ir renovando y readaptando en cada etapa de la vida.

Pero a la vez, la fe así adquirida tiene unas características muy positivas que difícilmente se pueden adquirir de otra manera. El niño, en su relación con los padres y los hermanos, adquiere la imagen de su universo dentro del cual está Dios, Jesús, la Virgen María, el cielo y el infierno, el bien y el mal, la Iglesia y los sacramentos. Todo eso forma parte del mundo original en el cual situamos nuestra existencia. Y todo ello

queda avalado por el testimonio de los padres, participando de los mismos sentimientos de confianza, cercanía, amabilidad que nuestros padres nos inspiran. Dios, Jesús, los santos forman parte del mundo familiar, constitutivo, de las capas más profundas de nuestra conciencia que configuran nuestra más radical identidad personal y nuestra manera de estar en la sociedad y en el mundo.

Así ha sido hasta ahora y así tendría que seguir siendo. Los padres cristianos saben que son colaboradores de Dios en la generación de sus hijos, colaboradores en la atención a sus necesidades y especialmente colaboradores en la apertura de sus hijos al mundo de la redención. Si ellos reciben a los hijos como don de Dios ¿cómo podrían no enseñarles a conocer a su Padre del cielo? Si ellos se aman con amor cristiano ¿cómo podrían no darles a conocer al Cristo que es el origen del amor que le ha dado la vida? Si ellos han recibido la consagración de la Iglesia ¿cómo podrían no incorporar a sus hijos a la comunidad de los santos donde ellos viven la fe y reciben el don del Espíritu de Dios, fuente del amor y de la vida?